

## EL GENERAL QUIROGA, DE MANUEL GALVEZ

Mabel Agresti(\*)

En 1932 Gálvez publica *El general Quiroga* -segunda de la serie de novelas históricas conocidas como "Escenas de la época de Rosas"- y con ella obtiene el Primer Premio Nacional de Literatura en 1935<sup>1</sup>.

La acción de esta novela comienza con la llegada de Facundo Quiroga a Buenos Aires en 1830 (después de las derrotas de La Tablada y Oncativo) y termina con la muerte del caudillo en Barranca Yaco (1835). El epílogo da noticias de personajes y sucesos dos años y medio después de Barranca Yaco y revela que -como el *Facundo* de Sarmiento- *El general Quiroga* de Manuel Gálvez apunta a explicar el poder absoluto de Juan

---

(\*) Universidad Nacional de Cuyo-CONICET.

1 Las siguientes novelas integran las "Escenas de la época de Rosas": El Gaucho de Los Carrillos (1931), El general Quiroga (1932), La ciudad pintada de rojo (1948), Tiempo de odio y de angustia (1951), Han tocado a degüello (1952), Bajo la garra anglofrancesa (1953), Y así cayó don Juan Manuel (1954).

Sobre la primera novela de la serie. Cf. mi "Una novela histórica de Manuel Gálvez: El Gaucho de los Carrillos". En Revista de Literaturas Modernas, N° 13. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Literaturas Modernas, 1978, p. 79-95.

Sobre la tercera. Cf. mi "La ciudad pintada de rojo, de Manuel Gálvez: un panorama cultural de la Argentina en la época romántica". En Revista de Literaturas Modernas, N° 20, 1987 (en prensa).

## Manuel de Rosas<sup>2</sup>.

### *El contenido de la novela*

Según sus propias declaraciones, Gálvez decidió situar la acción de *El general Quiroga* entre gente de la clase intermedia y el pueblo y presentar en ella los sucesos ocurridos por los años de 1830 a 1835, no sólo en Buenos Aires sino también en el interior<sup>3</sup>.

Una numerosa familia de personajes imaginarios (los Lanza) posibilita la diversificación de ámbitos y acciones así como también la presentación de diferentes corrientes de opinión, aun dentro del federalismo.

A través del jefe de la familia (don Eleuterio Lanza, sargento de un batallón de "cívicos"), se incorpora la actuación de Rosas en la campaña durante las luchas contra los unitarios primero y los indios después; los hijos de don Eleuterio, por su parte, constituyen el medio para referir hechos que tuvieron lugar en la ciudad de Buenos Aires y en el interior.

Amalio Lanza es así el testigo de la acción desarrollada por Facundo Quiroga en las provincias (Córdoba, Cuyo, el norte); en Buenos Aires, Gregorio y Lucas ejemplifican el fanatismo de los partidarios de Rosas; Fructuoso (en su inconsciencia de infradotado) corporiza el temor característico de la época y Régulo -observador casi neutral al principio- se aleja progresivamente de los adictos incondicionales a Rosas para testimoniar la escisión del federalismo porteño en absolutistas y cismáticos. Por último, Juan Lanza -el cautivo de los indios- permite incorporar a la ficción uno de los problemas de la época y se convierte en medio para justificar la expedición al desierto realizada por Juan Manuel de Rosas al término de su primer gobierno y durante la gestión de Balcarce.

Desde el punto de vista de la estructura interna y de acuerdo con los sucesos históricos presentados, pueden distinguirse tres momentos en esta novela compuesta por veintiocho

2 Hacia 1837. Rosas ejerce la suma del poder público concedida como medio de evitar la anarquía que amenazaba al país.

3 Vid. Manuel GALVEZ. Entre la novela y la historia. Buenos Aires, Hachette, 1962 (cap. VIII, p. 117).

capítulos y un epílogo.

Al período final del primer gobierno de Rosas corresponden los quince primeros capítulos, reagrupables a su vez en dos partes:

- a) los preparativos para la lucha contra el general Paz, a través de la entrega a Facundo Quiroga de trescientos hombres (entre los cuales se incorpora a un personaje ficticio, Amalio Lanza) y de la formación del ejército dirigido por Balcarce, en el que se enrolan don Eleuterio Lanza, su hijo Lucas y su yerno Pedro Lobos (capítulos I-VIII).
- b) La derrota de Paz (capítulos IX-XV). En este grupo de capítulos conocemos: la visita de Rosas al ejército, acampado en San Nicolás, por medio de don Eleuterio (capítulo X); el encuentro del ejército con Estanislao López, narrado a través de Pedro Lobos (capítulo XIII); la actuación de Facundo Quiroga en Río Cuarto, Mendoza y Tucumán, presentada por medio de Amalio Lanza (capítulos IX, XII y XV) y la repercusión de esos hechos en Buenos Aires, a través de Régulo Lanza (capítulos XI y XIV).

El gobierno de Balcarce y la expedición al desierto centran la segunda parte de la novela (capítulos XVI-XX). Don Eleuterio hace posible la referencia a la división comandada por Rosas (capítulos XVII y XX) y Amalio Lanza a la del general Quiroga (capítulo XIX). En los capítulos XVI y XVIII, Régulo Lanza principalmente es el medio para presentar la situación en Buenos Aires y la escisión del partido federal.

La Revolución de los Restauradores, el gobierno de Viamonte y el retorno de Rosas al poder son los hechos evocados en la tercera parte de la novela (capítulos XXI-XXVIII), que termina con la muerte de Facundo Quiroga y la concesión de las facultades extraordinarias a Rosas.

En el epílogo y a mediados de 1837, Régulo Lanza presenciando la ejecución de los hermanos Reinafé y de Santos

Pérez (acusados del asesinato de Quiroga)- testimonia la unificación de opiniones y voluntades en la calma de "la ciudad de rojo", título de la tercera novela de la serie.

### *Los personajes ficticios*

Acerca de las dificultades que debió enfrentar para la composición de *El general Quiroga*, señala Gálvez:

"(...) Tuve la suerte de que visitasen mi imaginación los Lanzas, que es, de todos los grupos humanos de mi vasta obra novelesca, el más rico en personajes característicos, originales, llenos de colorido y muy criollos"<sup>4</sup>.

Notablemente diferentes entre sí, los hombres de la familia Lanza tipifican, entre otros, al federal porteño y orillero, al mazorquero, al partidario entusiasta y charlatán, al cantor del barrio suburbano o al porteño con pretensiones de distinción.

*Don Eleuterio Lanza* representa en la novela la exacerbación del porteñismo y, por consiguiente, la aversión a provincianos y extranjeros. Tipo del orillero por su gusto por las reuniones en el café o la pulpería y su carácter de caudillo de barrio, se caracteriza por el resentimiento contra los unitarios y asume la defensa de Rosas y las facultades extraordinarias<sup>5</sup>. En el capítulo XVI y en acalorado diálogo con su hijo Régulo, esa defensa toma la forma de una exaltada expresión física:

"(...) Las discusiones cobraban una violencia de pampero por parte del mayor. La boca se le hinchaba de enormidades, y parecía que los ajos se le atragantaban (...) Le temblaban las manos por la ira, y los ojos llameaban" (p. 181).

---

<sup>4</sup> Manuel GALVEZ. *Ibidem*.

<sup>5</sup> Manuel GALVEZ. *El general Quiroga*. Buenos Aires, La Facultad, 1932 (cap. III, p. 29 y 32). En adelante, citaré por esta edición.

La figura de *Lucas Lanza*, el mazorquero, es absolutamente negativa; su retrato -por el predominio del pelo- apunta a relacionar lo humano con lo animal y salvaje, que acentúa también la personificación del trabuco y el cuchillo en las referencias a su vestimenta (Cf. cap. I, p. 13-14). Al suscitar "imágenes de odios, de venganza, de crímenes" (p. 15) entre las mujeres de la familia reunidas en el patio de la casa, este personaje adelanta el clima de la novela.

El discurso directo caracteriza las pocas apariciones de *Gregorio*, el lomillero; en su ininterrumpido monólogo, los procedimientos de unitarios y federales en las luchas que ensangrentaron el país son interpretados desde un punto de vista comprometido con el federalismo. Valga como ejemplo la siguiente referencia a las prisiones de Paz y Dorrego o al comportamiento del general Lamadrid:

"-No tenga usted cuidado, escribió Paz a su madre, porque he merecido del señor general y de los otros jefes consideraciones muy satisfactorias. Y Dorrego escribió a su esposa: me intiman que dentro de una hora debo morir, ignoro por qué. Y yo digo ¡viva la Santa Federación! y digo que se acabó la guerra porque La Madrid [sic], el coronel cantor, sustituto del manco Paz, ha abandonado el ejército y se ha ido a Tucumán, llevándose veintisiete mil pesos, ¡vidalitalá!, que impuso a los cordobeses como contribución" (cap. XI, p. 123).

*Amalio Lanza* es uno de los personajes más simpáticos de la novela. En el capítulo IX, su popularidad -acentuada por la repetición de las preposiciones que encabezan los complementos circunstanciales- recuerda el tipo del gaucho cantor pintado por Sarmiento en su *Facundo*:

"Los Lanza no hubieran creído que Amalio era el hombre más solicitado en las reuniones de las pulperías. Nadie como él para contar un cuento, para burlarse de otro individuo, para hacer reír

(...) Veíasele allí donde se formaban grupitos de desocupados; frente a los cuarteles, en las pulperías, en el Bajo, en la plaza de las Carretas, en las bandolas de la Recova nueva (...)" (cap. IX, p. 94).

Notablemente positiva, la figura de *Régulo Lanza* se contrapone con las de su padre y hermanos desde la primera caracterización físico-moral:

"En Régulo Lanza (...) había algo del porteño distinguido (...) Buen mozo, agradable, sonriente (...), servicial hasta no poder ser más, bondadoso, bien vestido, explicábase que hubiera enamorado a Carmen" (cap. II, p. 16).

Este personaje—que a lo largo de la novela se identifica con el sector más culto del partido federal, el que sería llamado "cismático"—expresa los celos del narrador frente a los procedimientos de Rosas y su rechazo, teñido de aristocratism, ante los grupos sociales inferiores<sup>6</sup>. Así lo revelan, en el capítulo III, la condena a la tenaz persecución de unitarios y extranjeros (Cf. p. 29-32) o los juicios de valor acerca de las amistades de su madre:

"(...) Eran chinongas y olían a polvos ordinarios y a sobaco. Vestidas de géneros baratos, colorinches, cintajos en profusión, hasta en la cabeza. Caras morenas y regordetas, narices gruesas, tal cual amago de trompa y de mota (...) Conjunto 'guarango' y plebeyo. Todos eran 'federalas' exaltadas (...)" (cap. III, p. 33).

Sobre las ideas políticas de Régulo Lanza (e incluso sobre su modo de actuar) han influido sus cuñados, los Herrera. En este nuevo grupo familiar —de ocasional aparición en la no-

<sup>6</sup> Es la misma función que cumple el personaje de Julián Montellano en El Gaucho de Los Carrillos.

vela-Celestino (con su temperamento melancólico y su interés por la literatura y las ideas -Cf. cap. II, p. 18-) representa a los sectores intelectuales; en el hermano mayor, Bernardo, hallamos una clara conciencia de la escisión del federalismo en dos grupos diferentes por su cultura y costumbres:

"Entre los malos federales estaremos nosotros. Hay que defenderse, pues. Convertiremos la casa en una fortaleza. Les demostraremos a los chusmas de Rosas..." (cap. II, p. 18).

Las mujeres de la familia Lanza, por último, apuntan a reflejar ya la ciega adhesión al federalismo y a Rosas (Doña Zenona -la mujer de don Eleuterio- y Eulogia, una de sus hijas) ya la unión de las hijas de criollos con extranjeros y el rechazo de que éstos fueron objeto a raíz de los conflictos internacionales<sup>7</sup>, ya la existencia de diferentes estratos sociales en los casos de Melchora, la mujer de Gregorio, que "(...) un poco mulata, pertenecía a una condición inferior a la de su marido" (cap. I, p.8) y Carmen que, casada con Régulo, "(...) era una Herrera y pertenecía a la mejor sociedad" (cap. I, p. 9).

### *Los personajes de base histórica*

#### *Facundo Quiroga*

Entre los personajes de base histórica de la novela, el más importante es el general Juan Facundo Quiroga, presentado en el período final de su existencia.

Después de las derrotas de La Tablada y Oncativo, Quiroga llega a Buenos Aires en el año 1830. En los dos primeros capítulos de la novela, las referencias de los Lanza sobre el legendario personaje obran a modo de racconto de su trayectoria anterior a 1830 y crean una imagen mítica y contradictoria

<sup>7</sup> Bernabela se ha casado con un unitario, Pedro Lobos; Celina, con un francés relojero, Antonio Laporte. Ambos son continuamente hostilizados por los Lanza, a excepción de Régulo. Por su parte, Encarnación -tipo de la criolla pura- escapa de su casa ante la oposición de la familia a su noviazgo con un español.

muy semejante a la conformada por Sarmiento en su *Facundo*. Así, en el capítulo I, mientras Carmen insiste en los rasgos de ignorancia, salvajismo y crueldad del "gaucho malo", doña Zenona destaca su valentía; la misma dualidad se repite en el capítulo II y, en el diálogo que sostienen Régulo Lanza y los Herrera, Quiroga es visto ya como un vándalo, ya como un ser superior. En uno y otro caso, las anécdotas que los personajes cuentan de Quiroga son repetición de las narradas por Sarmiento (una de las fuentes de Manuel Gálvez para esta novela) y, como en la obra del escritor romántico, la admiración domina al narrador:

"Y siguieron los relatos. En montón confuso, se atropellaban las anécdotas, los pormenores que definían el carácter del bárbaro genial (...)

Y así, durante una hora, el ambiente se llenó de tragedia y de sangre, de generosidades y de rasgos de genio. Porque Quiroga era un táctico formidable, aunque puramente instintivo; un hombre de corazón, que sabía perdonar y servir; y un espíritu con tendencias religiosas, que leía todas las noches la Biblia (...)<sup>8</sup>. Y no había en aquel tiempo nadie que como él ejerciese tanta sugestión sobre los hombres" (cap. II, p. 21).

En notable contraposición con la imagen casi suprahumana del personaje al que ha llamado (tomando de Sarmiento los elementos de comparación) "(...) especie de Tamerlán o de Mahoma con chiripá"<sup>9</sup>, en el capítulo III Régulo Lanza ve en Facundo al hombre cansado, vencido:

---

<sup>8</sup> Notablemente contrapuestas con la posición de Sarmiento (Cf. *Facundo*. Buenos Aires, Kapelusz, 1971.-cap. VIII, p. 182-), estas palabras sobre la religiosidad de Quiroga recrean una de las varias formas de la revisión del caudillo. Esa revisión fue iniciada por David Peña en 1903 con la serie de conferencias que pronunció en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y que luego reunió en su libro Juan Facundo Quiroga.

<sup>9</sup> Cf. cap. II, p. 17.

Vid. Domingo Faustino SARMIENTO, *Facundo*, e. cit., cap. V, p. 136.

"(...) Quiroga vestía una chaqueta roja y pantalones blancos. Llevaba en el brazo un poncho y se cubría con un sombrero chileno. Parecía de mediana estatura. Tenía el rostro pálido y una espesa y redonda barba de ébano. En todos sus gestos y en su mirar revelaba una gran depresión de ánimo. Y tal vez un cierto descontento" (cap. III, p. 36).

Un personaje ficticio, Edelmira Mendoza, contribuye a acentuar la dimensión humana del caudillo riojano. La criolla, ciegamente enamorada de Quiroga, es el medio para introducir en un marco novelesco verosímil la pasión de Facundo por el juego. En un nuevo retrato del caudillo, el narrador destaca, a través de Edelmira, el magnetismo de su mirada:

"(...) Había sido obra de un segundo: los ojos de aquel hombre entraron hasta lo más hondo en el alma de Edelmira (...) ¿Qué extraño poder de dominio había en ellos? El dueño de semejante mirada debía ser un hombre extraordinario (...)" (cap. IV, p. 43).

Durante su visita a la casa de Edelmira, Quiroga aparece como el hombre adaptado a la vida de la ciudad, del que hablan Adolfo Saldías y David Peña<sup>10</sup>:

"(...) Al quitarse la capa [Quiroga], apareció elegante: estrenaba un traje nuevo, obra de los famosos sastres Lacombe y Dudignac, que vestían también a don Juan Manuel de Rosas" (cap. V, p. 56)<sup>11</sup>.

---

10 Cf. David PEÑA, Juan Facundo Quiroga, 5 e.. Buenos Aires, Ed. Americana, 1953 (cap. XIII, p. 242-244).

Adolfo SALDIAS, Historia de la Confederación Argentina, Buenos Aires, El Ateneo, 1951, T. I (cap. XXV, p. 438-439).

11 El agregado es mío.

El marido y el padre, el hombre enfermo y compasivo son otros aspectos de la personalidad del caudillo recreados en la novela. En el primer caso, el narrador -refiriéndose a los sentimientos de Quiroga por Edelmira- señala:

"[Edelmira] (...) Sabía que el general, casado y con hijos, era, aparte de esos pecadillos, un buen marido y excelente padre, y dudaba de que la llevara a ella a La Rioja, donde su sola presencia sería un escándalo" (cap. VII, p. 72)<sup>12</sup>.

Durante la marcha de Facundo hacia Córdoba y a través de Amalio Lanza, el narrador nos lo muestra abatido por el padecimiento físico:

"Amalio fue conducido frente a Quiroga. Estaba en una pequeña carpa, acostado en una cama hecha con su recado y varias mantas (...) A Amalio le asombró la palidez de las mejillas, que eran, con la frente, la única parte de su rostro no cubierta de pelos. Tenía las manos muy flacas y velludas (...)" (cap. IX, p. 99).

Compasivo frente a Pringles que agoniza (Cf. cap. IX, p. 105), imprevisiblemente generoso con los prisioneros de Rodeo del Chacón (Cf. cap. IX, p. 106), el hombre Quiroga se confunde con el Quiroga mito por la confianza de Amalio (una forma de introducir en la novela el sello de predestinación de que tantas veces se ha hablado en Quiroga), por el valor acumulativo de gerundios e imperfectos que confieren una fuerza extraordinaria (y durativa) al personaje que dirige la batalla, o por la proyección de su figura sobre una naturaleza igualmente imponente:

"[Amalio] (...) Ya no temía, ni siquiera en los entreveros. ¿Y como iba a temer al enemigo si sabía que allí estaba Facundo y oía sus voces terri-

---

<sup>12</sup> El agregado es mío.

bles y recordaba su mirada y sus gestos? (...) ¡Da ba gusto pelear así, con el sabor anticipado del triunfo, sintiendo como una protección de Dios! (...) nada le entusiasmaba tanto como ver a Facundo sentado en el pértigo de su carreta y dirigiendo desde allí el combate (...), ordenando, animando, conminando, amenazando. Desde lejos, se veían su barba y su melena de ébano, sus ojos que echaban fuego, sus brazos que gesticulaban la victoria y la muerte (...)

[Ante la incorporación a su ejército de los prisioneros de Rodeo del Chacón] (...) el general, irguiéndose, arengó a sus nuevos soldados brevemente. En su palabra, enérgica y exaltada, y en sus ojos, ardía una pasión extraordinaria. A lo lejos se levantaba la mole gigantesca de los Andes. Amalio hubiera dado su vida por Facundo" (cap. IX, p. 105-106)<sup>13</sup>.

Un retrato más de Quiroga -en el momento en que se entera de la muerte del general Villafañe, su lugarteniente, a manos de los unitarios- alcanza un valor diabólico y terrible, intensificado por la animización de las espuelas o la imagen metafórica que sugiere, por la voz, la indignación del caudillo:

"(...) Quiroga empalideció terriblemente, le temblaron las manos, pasó por sus ojos una sombra oscura y su ceño quedó contraído (...) Su expresión causaba espanto (...) Sus espuelas se arrasaban y levantaban el polvo de la calle (...) La voz salió de su boca, hecha pedazos por la ira" (cap. XII, p. 134).

Como respuesta a las atrocidades de los unitarios son vistas las cometidas por Facundo Quiroga en Mendoza y Tucumán.

En el marco del invierno mendocino, Amalio Lanza es

---

13 Los agregados son míos.

testigo de la venganza del asesinato de Villafañe en veintiséis unitarios inocentes, cuyos cadáveres Quiroga "(...) contemplaba con una expresión felina en sus ojos de ébano" (cap. XII, p. 136).

También el relato de los actos de Quiroga después de la batalla de Ciudadela -el fusilamiento de treinta y tres oficiales, el saqueo y el remate de los bienes de la población- ha sido tomado de Sarmiento<sup>14</sup>.

En el capítulo XV, el regreso de Quiroga a Buenos Aires es presentado a través de las actitudes de la población tucumana que -con el alejamiento de Facundo- llora a sus muertos o agradece la liberación, reeditando la visión negativa del caudillo:

"(...) Al pasar el carruaje, las ventanas se cerraban del todo por manos temblantes. Algunos lo maldecían, el pavor reaparecía en las caras y las mujeres renovaban sus plegarias y sus llantos. Y los hombres repetían una frase con la cual se denominara al Tigre de los Llanos:  
-¡Es un azote de Dios! ¡Es un azote de Dios!"  
(cap. XV, p. 174).

Nuevamente en Buenos Aires, la valentía de Quiroga (Cf., por ejemplo, capítulo XXV, p. 278), su nobleza ante Rivadavia<sup>15</sup> o la temeridad al aceptar la misión de viajar al norte

14 Cf. Domingo Faustino SARMIENTO, Facundo, e. cit. (cap. XII: "Guerra social. Ciudadela", p. 235-248).

El remate de los efectos de los tucumanos también ha sido relatado por el general Tomás de Iriarte en su: Memorias. Juan Manuel de Rosas y la desorganización nacional. Estudio preliminar de Enrique de Gandía. Buenos Aires, Ed. Argentinas "S.I.A.", 1948 (Cf. cap. LVI, p. 257-258).

15 A David PEÑA pertenecen estas palabras:

"[...] Quiroga vive en Buenos Aires, Rivadavia está expatriado. Al volver a su país, el gobierno de Viamonte, por sugerencias de Rosas, le prohíbe residir en él. ¿Quién es el único que se irrita y censura esta medida de crueldad para con el grande hombre? Facundo. ¿Quién es el único que se ofrece de fiador para que pueda vivir entre los suyos? Facundo (...)" (op. cit., cap. VII, p. 133).

con el fin de concertar la paz entre los gobernadores de Salta y Tucumán fijan los rasgos positivos de su figura a la que el recuerdo de Régulo Lanza hace transitar por los caminos del mito, después de su muerte:

"(...) Lo había admirado como a un hombre excepcional y lo había querido con firme amistad. Y luego, estaba de por medio Edelmira Mendoza. Ella le había contagiado su admiración sin límites hacia el famoso Tigre de los Llanos. Habría sido un bárbaro Quiroga en la guerra, pensaba Régulo, pero fue un hombre de impulsos generosos. Tenía un alma grande y un genial temperamento. Y si llegaba al crimen, lo hacía impulsado por la violencia enorme de sus pasiones" (Epílogo, p. 327).

Uno de los aspectos más discutidos en el período final de la vida de Quiroga es el de sus relaciones con Rosas, hecho que se halla en directa relación con el problema del instigador del asesinato de Facundo<sup>16</sup>.

Para la novela, Gálvez toma como base la posición de David Peña en lo que se refiere a las versiones acerca de las desavenencias entre Rosas y Quiroga; su juicio no es tan claro, en cambio, cuando se trata de determinar la responsabilidad de Rosas en la muerte de Facundo.

---

16 Las más encontradas posiciones dividen la historiografía sobre el tema. Así por ejemplo, mientras David Peña sugiere abiertamente la directa responsabilidad de Rosas en la muerte de Quiroga, Ramón J. Cárcano (en su: Juan Facundo Quiroga. Simulación, infidencia, tragedia, 2 e., Buenos Aires, Roldón editor, 1931) descarta la culpabilidad de Rosas o de Estanislao López, para considerar a los hermanos Reinafé como los asesinos de Quiroga.

Tampoco Enrique Barba (Cf. su estudio preliminar a: Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López, Buenos Aires, Hachete, 1958) acepta la complicidad de Juan Manuel de Rosas en los sucesos de Barranca Yaco. Por su parte, Adolfo Saldías sostiene que el asesinato de Quiroga fue obra de Estanislao López y su ministro don Domingo Cullen, de acuerdo con los cuatro hermanos Reinafé (Vid. el tomo I de su Historia de la Confederación Argentina, p. 447) y Vicente Fidel López afirma que si Rosas no intervino directamente en el complot, proporcionó la oportunidad para que el asesinato se llevara a cabo, al encomendar a Quiroga la misión al norte (Cf. el tomo VI de su Historia de la República Argentina, cap. VI, p. 189).

En el capítulo IV, el narrador alude a un cierto descontento de Facundo Quiroga por la recepción triunfal de que lo ha hecho objeto Rosas después de su derrota en La Tablada y On cativo (Cf. p. 39). En el mismo capítulo, los amigos de Edelmira Mendoza aportan un nuevo dato que contribuye a afianzar la creencia en un distanciamiento entre el caudillo porteño y el riojano:

"-Este gaucho -dijo uno de ellos- ha creído que se puede traer a Buenos Aires las costumbres de la campaña de La Rioja. No tiene educación y es un bárbaro. Habla a la gente con insolencia, el muy mandón. ¿No ha tratado con altanería al propio don Juan Manuel? Me han contado que estando los dos con Ferré, el gobernador de Corrientes, en la casa de Rosas, Quiroga decía despectivamente a Ferré, cada vez que quería indicar a don Juan Manuel: 'Este hombre...' " (p. 48)<sup>17</sup>.

En el capítulo VI, la denuncia del narrador (que parece adherir a las sospechas de que Rosas lanzaba a Quiroga a una pérdida segura para deshacerse de él, negándose a entregarle una fuerza mayor<sup>18</sup>) toma la forma de la caricatura de Encarnación Ezcurra, durante la visita de Edelmira a su casa:

"(...) [doña Encarnación] (...) le preguntaba si Quiroga era buen amigo de Rosas, pero lo hacía con frases hábiles, escondiendo sus propósitos. Al llegar a las últimas palabras, la criolla vio aparecer una tremenda ira en la expresión de la señora. Parecióle que se ponía más fea y más hombruna que nunca. Sus ojos brillaron con malignidad y su nariz larga se agrandó y afiló hasta darle el aire de

---

17 La actitud de Quiroga frente a Rosas a que hace referencia uno de los amigos de Edelmira ha sido narrada por Pedro Ferré en su: Memoria del Brigadier General Pedro Ferré [citado por José Luis BUSANICHE en su: Rosas visto por sus contemporáneos. Buenos Aires, Kraft, 1955 (cap. II, p. 38-40).

18 Cf. Tomás de IRIARTE, op. cit., cap. XLVII, p. 207.

una vieja bruja. Doña Encarnación tenía en la barilla unos pelos duros, que en aquel momento, ante los ojos asustados de la criolla, parecieron multiplicarse en una simulación de barba" (P. 77)<sup>19</sup>.

Después de referirse en el capítulo VII a la desilusión de Facundo frente a la causa federal (Cf. p. 74-75), el narrador insiste -en el capítulo XIX- en las alusiones al enfrentamiento Rosas-Quiroga; en este caso, las interrogaciones retóricas y el repetido empleo del pretérito pluscuamperfecto destacan la superioridad de Quiroga:

"(...) ¿Y no tenían derecho a esperarlo todo los vencedores del Rodeo de Chacón y de la Ciudadela? ¿No habían terminado ellos, y sólo ellos, con el movimiento decembrista al exterminar al ejército de Lamadrid? El genio de Juan Facundo Quiroga, y no Rosas, era el vencedor de la anarquía. Había partido de Buenos Aires con unos cuantos hombres sin espíritu militar ni disciplina. Había recorrido trescientas leguas, triunfando y libertando a cuatro provincias. Y (...) había concluido con el ejército unitario (...) Suya era la glória" (p. 220-221).

A partir del regreso de Facundo a Buenos Aires, se multiplican las referencias veladas a la rivalidad entre los dos caudillos, explicitada por las siguientes palabras del narrador omnisciente:

"Con la llegada de Quiroga terminaron las demostraciones contra los enemigos de Rosas. Terminaron de golpe, sin que nadie supiese exactamente por qué. Parecía como que al partido del Restaurador le molestase aquel testigo que acababa de aniquilar a los últimos restos del ejército unitario y que dominaba en varias provincias" (cap. XXIII, p. 261).

---

<sup>19</sup> El agregado es mío.

Con la manifiesta desaprobación a la Revolución de los Restauradores (Cf. cap. XXIII, p. 265) y el acercamiento de Quiroga a los unitarios (Cf. cap. XXV, p. 278), se acentúa esa rivalidad con Rosas tantas veces aludida y que, en la novela, encuentra expresión concreta a través de las palabras de un viejo unitario a Régulo Lanza: "-Este hombre [Quiroga] es el único que, si quiere, puede librarnos del poder de Rosas y de la tiranía que se ve venir (...) La ciudad lo ha civilizado (...). Es un gran hombre, no hay duda, y tiene chispas de genio" (cap. XXV, p. 279)<sup>20</sup>.

Los temores de Régulo Lanza preanuncian, en la trama de la novela, el trágico fin de Facundo Quiroga, presentado -al final del capítulo XXV- como un hombre casi inactivo:

"¡Todo iba saliendo mal a los enemigos de Rosas, y hasta el cielo estaba en contra de ellos! Sólo le consolaba el recordar las palabras de Quiroga. Pero ¿por qué el general no se iba a las provincias y las levantaba, para impedir otro gobierno de don Juan Manuel? ¿Sería cierto que la vida de Buenos Aires había quitado al Tigre de los Llanos su energía moral?" (p. 289-290).

También la misión al norte es considerada sospechosa a través de la sorpresa de Régulo; ella prepara la indefinición del narrador en cuanto a la responsabilidad de Rosas en la muerte de Quiroga y tiñe de ambigüedad su presunta adhesión a quienes, como David Peña, sostienen el enfrentamiento Rosas-Quiroga:

"¿Cómo era posible que Quiroga, después de sus manifestaciones de unitarismo, aceptase una misión semejante, que no podía venir sino de Rosas (...)?

¿No sería mejor, aun para el propio Quiroga, dejar que la guerra se incendiase, a fin de aprovecharse de ella y terminar con Rosas? Pero, ¿ha-

---

20 El agregado es mío.

bría pensado Quiroga seriamente en anular a don Juan Manuel? ¿O sería falsa la noticia?" (cap. XXVII, p. 305).

Recurso de buen novelista es, por último, el anuncio de la muerte de Facundo Quiroga en el transcurso de un baile de carnaval y a través del efecto que la noticia provoca en Edelmira, quien "(...) mientras otros daban algún detalle (...), estallaba en una carcajada angustiada y espasmódica, sacudida de crispaciones y, al ir decreciendo, tajeada de llantos" (cap. XXVII, p. 313).

En el epílogo se plantea la responsabilidad de Rosas en el asesinato de Quiroga. Con motivo de la ejecución de Santos Pérez y de los hermanos Reinafé, Celestino Herrera sostiene -y la suya es la posición de David Peña- que "(...) esos hombres a quienes van a ahorcar en la plaza no son sino los ejecutores materiales del asesinato de Quiroga. El verdadero autor es Rosas" (p. 326); en los pensamientos de Régulo, en cambio, el narrador analiza y adhiere a las otras interpretaciones del hecho y arriba a las conclusiones de Enrique Barba o Ramón J. Cárcano: la única responsabilidad de los Reinafé (Cf. p. 326).

El mismo Gálvez ha definido su posición cuando -en el tomo III de sus *Recuerdos de la vida literaria*- explica las razones de la modificación del final de la novela para una segunda edición y señala:

"En una de las últimas páginas, Santos Pérez, el matador de Facundo, un momento antes de ser fusilado, grita: ¡Rosas es el asesino de Quiroga! Sin duda porque ni en los párrafos precedentes ni en los siguientes se afirma lo contrario, aunque se lo insinúa con claridad, muchos lectores (...) pensaron que yo consideraba a don Juan Manuel como el asesino moral de Quiroga. Jamás he creído eso. Santos Pérez podía creerlo, pues es seguro que, para decidirlo al crimen, le dijeron que Rosas lo quería y lo ordenaba<sup>21</sup>. He arregla-

---

21 Es lo que sostiene Ramón J. Cárcano.

do el punto (...) y así queda restablecida la verdad histórica, pues hoy por hoy ningún historiador responsable cree en la culpabilidad de Rosas en el crimen de Barranca Yaco"<sup>22</sup>.

### *Juan Manuel de Rosas*

Mano fuerte en la conducción del gobierno e implacable defensa del orden caracterizan en esta novela (como en todas las de la serie) la figura de Juan Manuel de Rosas, vista a través de los personajes ficticios.

En los primeros capítulos, Lucas y don Eleuterio Lanza ejemplifican la aceptación y ciega sumisión que Rosas exigía de sus adictos (Cf. cap. I, p. 15 y cap. III, p. 28); los invitados de Edelmira Mendoza, por su parte, destacan los aspectos positivos y los negativos del primer gobierno, interpretados desde dos posiciones diferentes dentro del federalismo. Si los partidarios de Rosas alaban su dureza para con los unitarios y justifican sus excesivas concesiones a la plebe, aquellos que luego integrarían la facción disidente del federalismo critican esos procedimientos y desconfían de las facultades extraordinarias (Cf. cap. IV, p. 45-46).

En el capítulo VIII, el narrador omnisciente exalta la figura de Juan Manuel de Rosas como defensor del orden por medio de la repetición del pronombre relativo:

"(...) la población de Buenos Aires (...) era casi toda federal y aceptaba con placer la férrea mano que había terminado con los robos de haciendas en los campos, que había hecho disminuir la frecuencia de los malones y que había eliminado el peligro de las conspiraciones internas desterrando a los unitarios a Montevideo y obligándolos a mantenerse quietos" (p. 90).

Durante la permanencia de Rosas en el campamento, don Eleuterio Lanza es el medio de que se vale el narrador pa-

---

22 Manuel GALVEZ. Entre la novela y la historia, cap. VIII, p. 121.

ra insistir en rasgos del personaje que ya han aparecido en *El gaucho de Los Cerrillos*: los matices de voz, las lágrimas, la capacidad de simulación (Cf. cap. X, p. 117). También son objeto de crítica velada los intentos de Rosas por atraer a la plebe (apoyo a las sociedades de negros; asistencia a comidas, corridas de toros, etc. -Cf. cap. XVI, p. 186-187), sus diversiones con el padre Biguá (Cf. cap. XVII, p. 197)<sup>23</sup> o su contribución a los desórdenes producidos durante el gobierno de Balcarce (Cf. cap. XVIII).

Floria y García Belsunce señalan, con razón, que Rosas fue el beneficiario político de la muerte de Quiroga ya que el temor a una nueva anarquía determinó su nombramiento como gobernador con la suma del poder público<sup>24</sup>.

En la novela, es don Eleuterio Lanza quien define la situación creada por el crimen de Barranca Yaco con esta gráfica expresión: "¡Aura se viene don Juan Manuel como lista'e poncho!" (cap. XXVIII, p. 315). Cuando asume por segunda vez el mando, el retrato de Rosas se centra en dos rasgos que ya habían aparecido en el rostro de "el gaucho de Los Cerrillos": la gravedad y la rigidez

"(...) Rosas ocupó un palco con sus acompañantes y allí permaneció grave y rígido. Había engrosado y tenía el rostro encendido. Por la rubicundez de su pelo, el celeste de sus ojos y su gravedad casi británica, parecía un country gentleman, un propietario rural inglés" (cap. XXVIII, p. 322).

### *Otros personajes de base histórica*

Entre las otras figuras de base histórica presentadas en

---

23 Cf. las opiniones de Darwin acerca de la personalidad de Rosas, insertas en el capítulo XX (p. 227) de la novela. Esas opiniones han sido extraídas de la obra de Darwin: Viaje de un naturalista alrededor del mundo. Madrid, La España moderna, 1899 (tomo I, cap. IV, p. 113-118).

24 Vid. Carlos Alberto FLORIA- César A. GARCIA BELSUNCE. Historia de los argentinos, 2 e. Buenos Aires, Kapelus, 1975 (Tomo I, cap. 20, p. 452).

la novela, se encuentran Lamadrid, el soldado cantor (Cf. cap. XII, p. 138), y el general Ruiz Huidobro, evocado principalmente en el capítulo XIX con motivo de su responsabilidad en la revolución contra el gobierno de Córdoba.

Muy positiva es la figura de Estanislao López, cuya personalidad de vencedor aparece exaltada por la grandeza de los vencidos:

"El encarnaba el espíritu independiente y federal (...) de Santa Fe. Con sus gauchos había vencido en las guerras civiles a los mejores generales argentinos: a Lavalle y a Paz, a Dorrego y a Soler, a Díaz Vélez y a Viamont, a Pancho Ramírez y a Balcarce, a todos los que pretendieron sojuzgar a su provincia (...)" (cap. XIII, p. 40).

Sintéticas pero certeras son las caracterizaciones de Alvear (al que se define por su versatilidad -Cf. cap. XXV p. 280-) o Parra, el caudillo de los apostólicos, de "(...) rostro barbudo y ojos de criminal (...), sujeto extraño, a la vez devoto y asesino, rezador y cruel (...)" (cap. XVIII, p. 206).

Por último, en el capítulo XXV, la figura de Rivadavia sobrecoge por la imposibilidad de permanecer en su país, al que acaba de regresar (Cf. p. 277-290).

Personajes también de base histórica -aunque anónimos y colectivos-, los indios presentados en la novela con motivo de la expedición al desierto son trasposición directa de la visión del salvaje que encontramos en Echeverría o en Mansilla.

De *Una excursión a los indios ranqueles* ha sido tomada, evidentemente, la escena del encuentro de don Eleuterio Lanza con los indios incorporados al ejército de Rosas (Cf. cap. XVII, p. 191). En el diálogo que Amalio Lanza sostiene con sus compañeros en el capítulo XIX, la imagen de los indios recuerda los versos del primer canto de *La cautiva*, mientras la costumbre de beber la sangre de las yeguas -observada por don Eleuterio en el capítulo XX- nos remite a las estrofas de "El festín".

Novela de fuentes no sólo históricas sino también literarias (Sarmiento, Mansilla, Echeverría), *El general Quiroga* contiene una detallada recreación de hechos acaecidos en Buenos Aires y en el interior durante los años comprendidos entre 1830 y 1835.

Si Sarmiento en lo literario y David Peña, Ramón J. Cárcano o Tomás de Iriarte en lo histórico son las principales fuentes de Gálvez para su interpretación de las figuras de Rosas y Quiroga, en Adolfo Saldías y en Carlos Ibarguren<sup>25</sup> encontramos algunos de los datos menudos con que el narrador describe la guerra periodística desatada en Buenos Aires en 1833 y que culminó con el juicio al "Restaurador de las Leyes" y la Revolución de los Restauradores (Cf. cap. XXI y XXII de la novela) o los asaltos a "lomos negros" y "cismáticos" por parte de los "apostólicos" durante el gobierno de Viamonte (Cf. Cap. XXVI)<sup>26</sup>, de los que participan -en la novela- Lucas y Juan Lanza, personajes con los que se alude al nacimiento de la Mazorca.

Como en *El gaucho de Los Cerrillos*, en *El general Quiroga* lo histórico es recreado con la fuerza del estilo de un auténtico novelista. Valgan como ejemplos la colorida descripción de la multitud que espera la llegada de Facundo Quiroga a Buenos Aires en el capítulo III (Cf. p. 27-28), el dinamismo en la evocación de la batalla de Ciudadela -cuyo fragor expresa la lucha desesperada de Amalio Lanza (Cf. cap. XV, p. 164)- o la rapidez con que se difunde la noticia de la muerte de Quiroga y que sugieren la personificación del terror y los verbos de movimiento prolongados en el uso del pretérito imperfecto:

"El pampero maléfico azotaba la ciudad. Iba calle por calle, casa por casa, golpeando a todas las puertas. Lo traían del mercado las negras y las mulatas, se exacerbaba en los hogares federales, y en las pulperías convertíase en imperativos de venganza. Las gentes saltaban de sus lechos con el pánico en los ojos. ¡Asesinado el general Quiroga! (...)" (cap. XXVIII, p. 313-314).

---

25 Cf. Adolfo SALDIAS, op. cit. [cap. XXIII, p. 402-406].

Carlos IBARGUREN, Juan Manuel de Rosas. Su vida-su tiempo-su drama, 3 e. corregida. Buenos Aires, "La Facultad", 1930 [cap. XVI, p. 285-292].

26 Me refiero al asalto a la casa del canónigo Vidal y a la muerte del joven federal Badlam.

### *Las descripciones y los elementos costumbristas de la novela*

Pocas y muy breves pero siempre logradas, las descripciones de la novela nos ubican en los principales lugares donde transcurre la acción: Mendoza, Tucumán, Buenos Aires o la infinita soledad de la pampa.

En la sintética descripción de Mendoza, los elementos característicos de la provincia cuyana (presentados con frases nominales en las que la anteposición del adjetivo cobra una fuerza notable) se suman a la imagen general de un paisaje admirablemente condensado en dos elementos: montañas nevadas y viñedos

"Junto a los Andes, sobre cuyo lomo de leguas blanqueaba siempre la nieve, extendíase, rodeada de viñedos, Mendoza. Claro el aire, agradable el clima, bellas las mujeres, amables y francos sus habitantes, la vida en Mendoza era encantadora" (cap. XII, p. 130).

Igualmente sintética y caracterizadora es la descripción de Tucumán, con sus "calles orilladas de naranjos" y, al fondo, la cumbre del Aconquija (Cf. cap. XV, p. 168).

En el caso de Buenos Aires, no hallamos una visión panorámica de la ciudad sino la presentación de un fenómeno natural concreto: la tormenta de arena que, en el capítulo XIV, busca la identificación (casi romántica) entre los elementos naturales y la población azotada por el terror:

"(...) Nubes de arena azotaban las puertas y los muros o cruzaban como enloquecidas. El viento y la arena empujaban a los transeúntes, los arrojaban contra las paredes, arrancaban con rabia los sombreros de los hombres (...)

La plaza estaba triste en aquella tarde gris, en aquella desolación de viento y arena. Parecía que la Pampa se hubiese adueñado de la ciudad, o que la ciudad estaba poniéndose a tono con el espíritu del señor de la Pampa, que iba ya entrando" (cap. XIV, p. 158 y 160).

Por último, en el temor de los soldados el desierto argentino es visto como un marco natural misterioso y sobrecogedor:

"(...) Los indios huyen despavoridos. La caballería los persigue, les hace fuego. Pero el desierto los protege, deteniendo a los cristianos, a los huincá enemigos del indio. Y cae sobre el desierto la noche y un inmenso misterio circunda a los soldados" (cap. XIX, p. 216).

Al gusto por el color local y de época, al rescate costumbrista, responden las descripciones de la sala en las casas de los vecinos porteños más adinerados (Cf. cap. V, p. 51), el asombro de Amalio Lanza ante el sistema de postas -con todo el sabor de lo pintoresco- (Cf. cap. IX, p. 96-97), su sorpresa ante las ofrendas depositadas por los indios en el "altar de Gualichu" (Cf. cap. XIX, p. 215), las referencias del narrador a la vida social mendocina, centrada por ese entonces en la Alameda (Cf. cap. XII, p. 130), o la evocación de los juegos en celebración del 9 de julio (Cf. cap. XX, p. 223-224) y los festejos de carnaval (Cf. cap. XXVII, p. 311-312).

Obra de un novelista que domina su materia, *El general Quiroga* nos entrega un Facundo humano, viviente, al que Gálvez podría haberle dicho con David Peña: "Yo no te exalto (...) te señalo a la luz de la verdad histórica como expresión de una edad que preparó el destino de esta nación que aún tiene en su naturaleza agreste tu mismo sello personal y portentoso"<sup>27</sup>.

El rescate del espíritu de una época y la pintura de los alcances de la pasión política completan la configuración de los momentos en que Juan Manuel de Rosas termina su primer gobierno e inicia el segundo, a cuya pintura Gálvez dedica las cinco novelas restantes de la serie.

---

27 David PEÑA, *op. cit.*, cap. XV, p. 330.